



101 Ciento y un días

ÅSNE SEIERSTAD
Autora de
El librero de Kabul



MAEVA



© Cecilie Owren

ÅSNE SEIERSTAD (1970), licenciada en filología rusa y española por la Universidad de Oslo, ha trabajado como corresponsal de guerra para diversos periódicos y medios de comunicación escandinavos en los conflictos de Irak (2003) y Afganistán (2001). Entre 1998 y 2000 fue colaboradora de los informativos de NRK Dagsrevyen, en Noruega, y, entre otras cosas, cubrió la guerra en Kosovo en 1999. Fue corresponsal en China del periódico noruego *Arbeiderbladet* en 1997, y en Rusia de 1993 a 1996. Seierstad es autora de *Med ryggen mot verden* (2000) (De espaldas al mundo) y de *El librero de Kabul*, también publicado por Maeva, que ha sido un éxito en todo el mundo.

Åsne Seierstad ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales tanto por su trabajo periodístico como por sus novelas.

«El librero de Kabul, una auténtica radiografía de la sociedad afgana tras la caída del régimen talibán.»

—ABC

«Su mezcla de crónica política, fábula doméstica y denuncia social ha cautivado a los lectores...»

—El Mundo

Åsne Seierstad

101 Ciento y un días

Traducción:

SARA HOYRUP
MARCELO COVIÁN



MAEVA

«Se acabó. La guerra se acabó», pensé.

Era como si un nudo se soltara dentro de mí y algo se desbordara. Chillé a uno de los tanques:

-Thank you for coming!

Quise devorar mis palabras en cuanto las dije.

Pero había tenido tanto miedo...

Aliya había bajado. Su mirada estaba congelada, sus labios muy apretados, los hombros a la altura de las orejas y los ojos llenos de desconfianza. Se puso a mi lado sin mirarme.

Al cabo de un rato, algunos jóvenes rodearon la estatua de la plaza. Un hombre con un gran mazo intentó hacerla caer. Otros la escalaron y colocaron una cuerda alrededor del cuello. Empujaron y tiraron, pero la estatua no se movía. Sólo el pedestal de granito media varios metros.

-¡Abajo Sadam! ¡Gracias, Bush! -gritaban.

Francoamente, nunca me había fijado mucho en esa estatua. Jamás la había observado. Aunque siempre había estado detrás de mí cuando hacíamos las retransmisiones y pese a que pasaba junto a ella cada día al salir del hotel o al volver a él, no la vi de verdad hasta ahora que estaba siendo atacada. Recordaba a una estatua de Stalin: frío y paternal al mismo tiempo, con una mano de guía apuntando al futuro.

La estatua había sido erigida casi un año antes, el 28 de abril de 2002, con motivo del sesenta y cinco aniversario de Sadam Husein, y ahora aguantaba los tirones. Los hombres que arremetían contra ella parecían los liliputienses encima de Gulliver. Los marines de la compañía Charlie unieron sus fuerzas a las de los jóvenes iraquíes, poniendo una cadena alrededor de la cabeza del dictador y atando el otro extremo a un tanque norteamericano que luego hizo marcha atrás. La estatua no se movió. El carro de combate volvió a tirar. La estatua seguía sin moverse. Los soldados volvieron a intentarlo. La estatua se movió un poco, pero no se cayó.

El tanque dio marcha atrás de nuevo y se oyó un crujido, pero Sadam permaneció en su sitio. Algunos marines subieron a la esta-

tua y ataron una bandera estadounidense en la cabeza. Los que habían intentado derrumbar la estatua dieron gritos de júbilo, pero los que estaban más alejados dieron un respingo y parecieron ponerse rígidos. Su líder estaba cegado y amordazado.

-Estamos en Iraq, no en Estados Unidos -dijo un hombre a nuestro lado, siguiendo el drama con una mirada severa.

-Debíamos haber sido nosotros quienes nos liberáramos de Sadam Husein. Pero mira, se lo dejamos hacer a ellos -suspiró otro-. Somos unos cobardes, debíamos haber dicho lo que opinábamos abiertamente, no derrumbar estatuas ahora que ya ha caído.

-Por fin podemos decir lo que queremos -objetó otro-. Ese hombre tiene las manos ensangrentadas. Es un tirano. Nos ahogaba.

¡No todo el mundo opinaba lo mismo! Por fin se oía una discusión política en las calles de Bagdad. Algunos aplaudieron, otros mostraron su desacuerdo con lo que estaban viendo.

-Es una ofensa -dijo el primero que había hablado-. La bandera americana no debe ondear en Bagdad.

Era como si la compañía Charlie hubiera oído esta opinión en los lindes de la plaza. Una bandera iraquí apareció y reemplazó a la estadounidense. Muchos suspiraron aliviados. Los iraquíes que habían escalado hasta la cabeza bailaban ahora alrededor de ella.

-Chiiitas -resopló uno de los hombres al lado nuestro-. Son todos chiiitas. ¿Oye cómo invocan al imán Husein?

Un hombre mayor contemplaba el drama en la plaza con expresión muy seria. A su lado había un niño sentado en un muro de hormigón. El hombre tenía hondas cicatrices en la cara y miraba como petrificado lo que pasaba.

-Nunca creí que el régimen cayera tan fácilmente -dijo cuando le sacamos de sus pensamientos-. Destrozó mi vida, y ahora ha dejado de existir.

Abrazó al niño del que parecía su abuelo, pero del que en realidad era su padre; el hombre sólo tenía cuarenta años.

-Las guerras me han envejecido -dijo como si hubiera leído mis pensamientos-. Me han chupado el jugo. Todas esas guerras que nuestro presidente inició. Cuando yo tenía diecisiete años me

mandaron a la guerra contra Irán, un infierno que duró ocho años. Tres años después de volver de esa guerra, comenzó la guerra del Golfo. Por poco muero cuando un misil cayó justo a mi lado. Fue entonces cuando me quedé con estas cicatrices –dice, y roza los cortes del labio, de encima de los ojos y de la mejilla, y se sube la camisa mostrando todavía más cicatrices–. Pero donde más herido estoy es aquí –dice apuntando a su corazón–. Mis dos hermanos menores murieron en la guerra del Golfo. Uno fue segado por las balas de un tanque norteamericano, el otro murió en uno de los grandes combates del desierto. Yo deserté y vine a pie a Bagdad desde Kuwait. Cuando por fin llegué no tenía nada. No tenía dinero, iba descalzo y mis ropas eran harapos. Aunque seguía vivo, me habían robado la vida. Di veinte años al ejército iraquí. No he recibido otra cosa que dolor por estos años.

El Abrams aceleró y tiró con toda su fuerza, y la estatua crujió un par de veces. El carro de combate tiró de nuevo. Sadam bramó y crujió y chilló antes de caer y desmoronarse encima de la peana. El grupo alrededor de la estatua explotó en gritos de júbilo.

Cuando el hombre que Aliya había considerado poco menos que divino cayó de bruces, ella se giró para no ver más. La estatua había caído de modo indigno, partida en dos por la fuerza bruta de un tanque norteamericano.

El soldado traumatizado por sus guerras sonrió ligeramente. Los ojos que habían estado como muertos se avivaron durante un instante fugaz. Abrazó aún más fuerte a su hijo.

Amir había seguido el drama sentado en el capó de su coche. Ahora las lágrimas resbalaban por sus fuertes mandíbulas y miró rencoroso al Sadam caído.

–Éste es mi país –dijo–. ¡Iraq es mi país! ¡En él no deben mandar los norteamericanos!

A su lado estaba Abas, su amigo. También él lloraba. Lágrimas de alegría.

–¡Soy tan feliz! ¡Por fin! ¡Por fin somos libres! ¡Por fin podemos empezar a vivir! *I love America!*

–¿Con qué derecho lo hacen? –susurró Aliya–. ¿Con qué derecho?

Después

